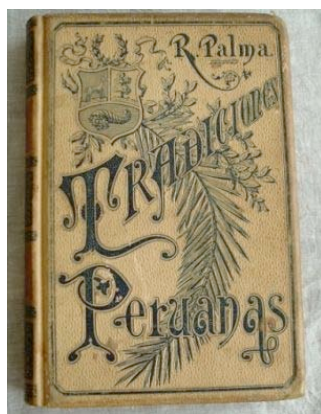


## Cuentos & Cuentistas

### Tradiciones peruanas, tradiciones cuzqueñas

Es difícil no pensar que las escuelas literarias existen, cuando hay signos de que hubo alguien que las creó o las inició. Ocurre algo parecido con las religiones proselitistas o los entusiasmos nacionales por ciertos deportes. Así, cuesta imaginar que tan macizos narradores como Ciro Alegría, Vargas Llosa, José María Arguedas, Julio Ramón Ribeyro o Manuel Scorza, sean casuales. De alguna parte les viene un estándar; y con esto el deseo de expresarse a la altura del antecesor. La lectura de lo propio, brindada por autores que merecen admiración, aunque ésta sea crítica, inicia un proceso que aprovechan los más talentosos. Y en el caso del Perú, qué mejor maestro de prosistas que uno de los narradores más originales de nuestra región andina: Ricardo Palma (1833-1919).

Palma prácticamente inventó un género literario, un tipo de relatos breves que llamó “Tradiciones” y que consisten en una libre mezcla de elementos históricos y de ficción, combinados de modo de obtener el doble efecto de informar y entretener al lector. Allí conviven sin recato el dato histórico con la leyenda, haciendo de caja de resonancia a lo sabido y lo documentado, junto a lo creído y lo inventado. Las filiaciones literarias de Ricardo Palma fueron reconocidas por él mismo: los españoles Mariano José Larra (1809-1837), el de los “Artículos de costumbres o escenas de la vida española”; y Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), el autor de las “Leyendas”. Una combinación de humor y romanticismo, que alcanza un sabor propio en la prosa de Ricardo Palma. El literato Luis Alberto Sánchez calificó a las “Tradiciones” de Decamerón criollo.



Por otra parte, la temática que Palma eligió preferentemente fue la de su país, por eso el título de “Tradiciones peruanas”, que primero aparecieron en publicaciones periódicas y que luego se encargó de recopilar en una decena de volúmenes, desde 1872 hasta su muerte. Palma supo recoger el sabor local, los dichos y refranes, las expresiones populares, que mechó con abundantes guiños y muchas lisuras, dando por resultado una escritura siempre sabrosa, sazónada, amena. Ha habido muchas ediciones y reediciones, selecciones y traducciones, como que es lectura obligada entre los educandos de casi toda América Latina.

Es encantador su tratamiento, por ejemplo, del tema religioso, y se refiere a los santos peruanos más venerados, como santa Rosa de Lima o san Martín de Porres, con gran desparpajo, contando sus milagros y hazañas piadosas como las contaría un creyente ingenuo sin que eso le impida lograr, por magia de pura maestría narrativa, que la ironía y la chanza subyazcan en el relato. Uno de sus mejores textos se titula “Batalla de frailes”. Igualmente escudriña en los cronistas coloniales, de tan ardua lectura para los lectores corrientes y los escolares, y logra hacer vívidos a los personajes que formaron la nacionalidad. Palma fue un gran erudito y la mayor pena de su vida fue el incendio de su casa en Miraflores, y con ella su biblioteca, hazaña de las tropas chilenas durante la ocupación del Perú en la llamada guerra del Pacífico.

Con frecuencia las “Tradiciones” cuentan historias o anécdotas que ocurren en la ciudad de Lima, que se transforma bajo su pluma en un lugar semifantástico, irreal a ratos. No hay muchas referencias a la capital imperial de los Incas, el Cuzco. Aunque “El verdugo del Cuzco” es uno de sus más bellos relatos. Pero Don Ricardo tuvo una aplicada seguidora, Doña Clorinda Matto de Turner (1852-1909) que en 1884 publicó en Arequipa su primera serie de “Tradiciones Cuzqueñas”, siguiendo la línea de Palma, quien prologó su libro. Una segunda serie apareció en Lima en 1886. Esta fue una dama criolla, libertaria y combativa. Escritora amateur y periodista, fundó y dirigió periódicos. La trataron mal los críticos, acusándola de plagio y calificándola de inferior a Don Ricardo. En efecto lo es, pero no carece de méritos. La Iglesia Católica la excomulgó y prohibió sus obras, aunque Doña Clorinda era autora de una traducción del Nuevo Testamento al quechua.

Notable es el episodio llamado del tambo de Montero, donde se cuenta que un señor Espinoza, comerciante rico, había instalado en el Cuzco una sinagoga clandestina en pleno siglo XVII, a pesar de la Inquisición, para beneficio de un puñado de fieles de religión judía. Doña Clorinda narra que la autoridad les terminó por caer, con todo su peso, para descubrir que los judíos azotaban y torturaban una figura de Cristo. Lo más curioso es que se hallaron instrumentos de tortura en el lugar, y que las llagas visibles en el nazareno revelaban que habían sido hechas con tales utensilios, amén de las manchas de sangre que salpicaban las paredes. Los conjurados no lo pasaron bien.

Hay otra historia de Doña Clorinda particularmente picante: la borrachera de unas monjas carmelitas excitadas por la visita de Simón Bolívar al Cuzco, concretamente al monasterio de santa Teresa, y donde se relata que la abadesa cae en un arrobó erótico con el garbo y el magnetismo del Libertador. Y es precisamente Bolívar el protagonista del relato de Ricardo Palma que va en recuadro, perteneciente a sus censuradas “Tradiciones en salsa verde”, que recién vieron la luz en 1973, ya que fueron calificadas de indecentes. Para quienes deseen seguir divirtiéndose con la veta pícaro de Palma, hay una excelente selección en esta página web: <http://garnet.berkeley.edu/~dolorier/salsa.html>

### Referencias

- “Las mejores tradiciones peruanas” de Ricardo Palma. Selección y prólogo de Edith Palma. Aguilar Ediciones, Colección Crisol, Madrid, 1970.
- “Tradiciones escogidas” de Ricardo Palma. Nota preliminar de Ventura García Calderón. Biblioteca de Cultura Peruana, París, 1938.
- “Tradiciones peruanas escogidas” de Ricardo Palma. Prólogo, selección y notas de Luis Alberto Sánchez. Ediciones Ercilla, Santiago, 1940.
- “Tradiciones Cuzqueñas” de Clorinda Matto de Turner. Ediciones Cultura Marfil, Lima, 1994.



## LA PINGA DEL LIBERTADOR

### “Tradición en salsa verde” de Ricardo Palma

Tan dado era Don Simón Bolívar a singularizarse, que hasta su interjección de cuartel era distinta de la que empleaban los demás militares de la época. Donde un español o un americano habrían dicho: “¡Vaya usted al carajo!”, Bolívar decía: “¡Vaya usted a la pinga!”.

Histórico es que cuando en la batalla de Junín, ganada al principio por la caballería realista que puso en fuga a la colombiana, se cambió la tortilla, gracias a la oportuna carga de un regimiento peruano, varios jinetes pasaron cerca del General y, acaso por alagar su colombianismo, gritaron: “¡Vivan los lanceros de Colombia!”. Bolívar, que había presenciado las peripecias todas del combate, contestó, dominado por justiciero impulso: “¡La pinga! ¡Vivan los lanceros del Perú!”.

Desde entonces fue popular interjección esta frase: “¡La pinga del Libertador!”.

Este párrafo lo escribo para lectores del siglo XX, pues tengo por seguro que la obscena interjección morirá junto con el último nieto de los soldados de la Independencia, como desaparecerá también la proclama que el general Lara dirigió a su división al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho: “¡Zambos del carajo! Al frente están esos puñeteros españoles. El que aquí manda la batalla es Antonio José de Sucre, que, como saben ustedes, no es ningún pendejo de junto el culo, con que así, fruncir los cojones y a ellos”.

En cierto pueblo del norte existía, allá por los años de 1850, una acaudalada jamona ya con derecho al goce de cesantía en los altares de Venus, la cual jamona era el

non plus ultra de la avaricia; llamábase Doña Gila y era, en su conversación, hembra más cócora o fastidiosa que una cama colonizada por chinches.

Uno de sus vecinos, Don Casimiro Piñateli, joven agricultor, que poseía un pequeño fundo rústico colindante con terrenos de los que era propietaria Doña Gila, propuso a ésta comprárselos si los valorizaba en precio módico.

--Esas cinco hectáreas de campo --dijo la jamona--, no puedo vendérselas en menos de dos mil pesos.

--Señora --contestó el proponente--, me asusta usted con esa suma, pues a duras penas puedo disponer de quinientos pesos para comprarlas.

--Que por eso no se quede --replicó con amabilidad Doña Gila--, pues siendo usted, como me consta, un hombre de bien, me pagará el resto en especies, cuando y como pueda, que plata es lo que plata vale. ¿No tiene usted quesos que parecen mantequilla?

--Sí, señora.

--Pues recibo. ¿No tiene usted vacas lecheras?

--Sí, señora.

--Pues recibo. ¿No tiene usted chanchos de ceba?

--Sí, señora.

--Pues recibo. ¿No tiene usted siquiera un par de buenos caballos?

Aquí le faltó la paciencia a don Casimiro que, como eximio jinete, vivía muy encariñado con sus bucéfalos, y mirando con sorna a la vieja, le dijo:

--¿Y no quisiera usted, doña Gila, la pinga del Libertador?

Y la jamona, que como mujer no era ya colchonable (hace falta en el Diccionario la palabrita), considerando que tal vez se trataba de alguna alhaja u objeto codiciable, contestó sin inmutarse:

--Dándomela a buen precio, también recibo la pinga.